

FERNAN GONZALEZ, CONTADO DE NUEVO



- * Conde de Castilla, desde el Cantábrico al Duero, era el hombre más poderoso del Reino, después del Rey.
- * Favorecido por el feudalismo, prevalente entonces en Europa, logró para su tierra amplia autonomía dentro del Reino leonés.
- * Fue la personificación de un movimiento político y social enraizado en el alma nacional.
- * Tipo del perfecto caballero del medievo: audaz, generoso, discreto, activo, belicoso, despreciador de los peligros y la muerte.

Lo contaron las crónicas, le cantó la gesta, le celebró en un poema famoso la poesía erudita, y su memoria quedó esculpida en romances perfectos. Para las crónicas y los romances fue el vasallo altivo y rebelde, que juzgaba dura cosa besar la mano del rey; para el monje poeta fue el caballero sin tacha, siervo del Creador, síntesis de todas las virtudes; para los juglares fue el leal caballero..., el conde orgulloso de los fechos granados..., el hombre sin crueldad, cumplido de bondades..., el héroe de corazón lozano, el guerrero natural de la granada hacienda, cuerpo de buenas mañas, de quien pudieron decir:

**Quiso Dios al buen conde esta gracia facer:
Que moros nin cristianos non le podían vencer.**

Fue, ante todo, el hombre de guerra, lo que la Edad Media más admiraba; guerra para sacar a Castilla «de premia e de error», como dice la Crónica General, y guerra para defen-

derla de los asaltos de los musulmanes, que, gobernados por el califa Abdal-Rahman III, estaban entonces en la cima de su poder. Su figura sale a flote en la lucha de Ramiro II de León contra su hermano Alfonso IV el Monje. Era entonces simple conde de Lara, pero con los recursos de su pequeño condado y con la fogosidad de sus veinte años se pone del lado de Ramiro, que acaba por triunfar en los últimos meses de 931. Su ayuda mereció una doble recompensa: ser nombrado conde de toda Castilla, desde el Cantábrico hasta el Duero, y ver reconocidos los fueros y usos jurídicos de la tierra. Es ya el hombre más poderoso del reino, después del rey, pero antes del verano de 932 se casa con Sancha, infanta de Navarra y viuda del recién fallecido Alvaro Herreramellig, que añade a sus dominios el condado alavés, es decir, las tres provincias vascongadas. Poco después, una hermana de Sancha llamada Urraca, se casa con Ramiro II. Es por tanto yerno de doña Toda, la ambiciosa reina que entonces gobierna en Pamplona y cuñado del rey leonés.

LUCHAS CON LOS REYES LEONESES

Durante diez años va a colaborar lealmente en la defensa del reino contra los ejércitos de la media luna. Avanza hasta Toledo al lado de Ramiro en 933; le ayuda al año siguiente a destruir un ejército moro en Osma; se enfrenta después con los generales del califa en San Esteban de Gormaz, lleva la guerra hasta Aragón y pone una guarnición de alaveses en Calatayud y es uno de los principales jefes cristianos, que aniquilan en Simancas, el 6 de agosto de 939, las fuerzas guerreras más numerosas que habían mandado hacia el Norte los emires de Córdoba. Al mismo tiempo envía sus mesnadas de repobladores en todas las direcciones para ensanchar a Castilla. Avanza al sur del Duero, penetra por la provincia de Segovia, presiona en dirección al Cea, da fueros a Peñafiel y Sepúlveda; y sus infanzones plantan pueblos y castillos al sur de Palencia y Valladolid. Esta presión hacia el oeste va a dar motivo a la primera de las tres luchas que sostuvo con los reyes leoneses. Además Fernán González ha empezado a usar en sus cartas la altiva fórmula de «conde por la gracia de Dios», que implica el propósito de vincular en su estiorpe sus condados. Ramiro quiere detener aquel crecimiento de Castilla, y con ese fin crea

en 941 el condado de Monzón, que abarcaba desde la llanura de Palencia hasta Peñafiel. El conde se rebela contra esta medida, que le obliga a renunciar a muchas de sus repoblaciones y resiste al rey juntamente con su pariente Diego Muñoz, conde de Saldaña. La lucha se prolonga durante dos años, hasta que el castellano es hecho prisionero y encerrado en un castillo de León. Castilla, entretanto, va a ser gobernada por el conde de Monzón, Assur Fernández, tronco de los Ansúrez, castellano, pero enemigo irreconciliable de la casa de Lara.

La prisión dura poco, un par de meses. Los juglares contaron luego que la mujer del conde había entrado en la cárcel y le había facilitado la salida dándole sus vestidos. Esto parece querer decir que terciaron influencias familiares. La reina de León contribuiría con su hermana a liberar al prisionero. Ramiro le obligó a jurar fidelidad y le despojó del gobierno. Pero la voz de Castilla le reclamaba. Assur recorría el condado entre el vacío y la hostilidad de las gentes y los notarios seguían haciendo constar que Fernando era conde de Castilla. En 947 Ramiro se vio obligado a ceder; le devolvió sus dominios y para consolidar la paz, le pidió su hija Urraca, para casarla con su heredero Ordoño. Nuevamente los guerreros castellanos unidos a los de León, podrán atacar el territorio musulmán, avanzando hasta Talavera en una incursión victoriosa.

SU ESTRELLA BRILLA MAS QUE NUNCA

En 951 Ordoño III y su mujer Urraca Fernández son aclamados en León. El conde castellano aparece una y otra vez en la corte. Durante dos años hay paz, bienestados y victoria. De pronto el rey conoce a la hija de un conde gallego, y tiene con ella un hijo que reinará más tarde con el nombre de Bermudo II. La reina Urraca se retira; el conde promete vengar la injuria de su hija; le ayuda la reina de Pamplona, que arde en deseos de hacer reinar a su nieto Sancho, hijo de la segunda mujer de Ramiro II. Castellanos y navarros avanzan contra Ordoño III, que hace las paces con el castellano, prometiéndole recibir con todos los honores a su hija. Sancho, en cambio, tiene que volverse a Pamplona despechado al perder la corona, que había visto brillar ante sus ojos. La estrella del conde brilla ahora más que nunca: domina en la corte; siempre ambicioso y dominador, renueva sus antiguos proyectos de colonizar más

allá del Pisuerga; ocupa el condado de Liébana y presionando por el lado opuesto, se llama conde de Nájera.

Pero Ordoño III muere en 957. Es el momento en que Sancho puede por fin reinar. Es vanidoso y rencoroso. No perdona a Fernán González que le dejase chasqueado unos años antes. Su aversión se vuelve también contra aquella Castilla que no le había querido reconocer, cuando atravesaba sus pueblos en compañía del conde Assur, haciéndose digna de que se aboliesen sus fueros y sus libertades. Además era un joven de una grosura monstruosa que le impedía montar a caballo. Muy pronto se hizo impopular.

Al año, los nobles, capitaneados por el conde de Castilla, le expulsaron de León y pusieron en su lugar a un hijo de Alfonso IV el Monje, llamado Ordoño IV el Malo, a quien Fernán González casó con su hija. Es el año 958 cuando empieza la lucha definitiva. Toda apoya a su nieto y con ella está el conde de Tolosa. Los condes leoneses y gallegos no tardan en ponerse de su parte; y Ab al-Rahman la recibe con el grueso pretendiente y pacta con ella para aniquilar al inquieto conde. Fernando lucha solo contra todos. El rey de trapo, que ha hecho, no sabe defenderse y huye al otro lado de la frontera. Llega Sancho con un ejército de Córdoba. Se lucha en el Pisuerga, en el Duero y en la Rioja. Raimundo de Tolosa cae muerto; el rey de Navarra simula pactar, cita al conde en Cirueña y se apodera de él. Por segunda vez es encerrado en un castillo, primero en Pamplona, después en Tobia, al fin en Castroviejo. El califa le reclama, pero las cortes cristianas se resisten a entregarle. Mejor será pactar con él.

Pasa más de un año en las conversaciones: se le reconocerá el título de conde, con el derecho de gobernar a Castilla conforme a sus viejas libertades y de conservar el condado en su estirpe, pero él deberá reconocer al Rey Sancho de León, renunciar al condado de Liébana y a sus pretensiones territoriales en la Rioja y en el Pisuerga. Así recobrará la libertad. No obstante Córdoba seguía reclamando al prisionero y para no enojarla, se inventó una historia de amor. Como Sancha acababa de morir, el conde que tenía entonces unos cincuenta años, podía casarse de nuevo, y la segunda mujer será una sobrina de la primera, una hija del Rey de Pamplona, que se llamaba Urraca y que no debía ver al prisionero con malos ojos. Bien aleccionada entra en la prisión, liberta al conde y

huye con él hacia Castilla. Cerca de la frontera encuentran a los castellanos que venían en son de guerra en busca de su conde. Así terminó el conflicto en los comienzos del año 962. Fernán González había triunfado. Favorecido por las corrientes feudales que entonces prevalecían en toda Europa, había logrado la más alta autonomía para su tierra dentro del reino leonés. Castilla podía regirse por sus fueros y él dejar su Estado a sus descendientes, con los vínculos y homenajes que exigía el feudalismo con respecto a los reyes de León. Esto es lo que significaba la leyenda famosa del azor y el caballo.

UN ESFUERZO OBSTINADO

Durante ocho años, en paz al fin con León y con Pamplona, sigue todavía Fernán González recorriendo su condado, confirmando las cartas-pueblas y luchando contra los musulmanes. Sancho solicita y obtiene la paz en 965; García de Navarra envía a Córdoba sus condes y obispos pidiendo condiciones; el único que no se rinde es el conde de Castilla. Las razzias contra Castilla, dicen los historiadores árabes, continuaban año tras año hasta que la muerte del conde en junio de 970 procura al califa la paz suspirada. El éxito más completo venía a consagrar un esfuerzo obstinado, en que nada falta a las glorias del heroísmo, ni las decisiones audaces, ni las ocasiones desesperadas, ni los golpes más duros de la fortuna, ni las súbitas revelaciones de una voluntad indomable.

Para ciertos historiadores modernos el juicio del gran conde debe estar sujeto a ciertas restricciones. Para Lucas de Tuy era un hombre inquieto, empeñado en perturbar el reino; para Menéndez Pelayo, admirador de su actitud frente a los moros, resulta menos laudable su rebeldía frente a León. No obstante, es incomprendible comprenderlo si no le consideramos como el representante de una forma de vida, cuya defensa tomó desde el primer momento. Su rebeldía es el exponente del particularismo de Castilla. Amalgama de cántabros y vascones, Castilla tenía sus características propias que se manifestaban en su legislación, en sus costumbres, en su lengua y en sus instituciones. Había en ella un antagonismo irreductible frente a León. León era la continuación de Oviedo, donde Alfonso II había establecido el **orden toledano**, representado por el Fuero Juzgo.

Por eso los textos medievales nos hablan de los reyes godos

legionenses, unos reyes cuyo ideal político era el de los antiguos reyes toledanos, plasmado en un Estado centralista, unitario, teocrático y señorial. Es lo que el «cántabro horrible» de Sisebuto y el «feroz vascón» de San Julián habían combatido antiguamente contra los reyes godos de Toledo y lo que pueden aceptar ahora de los reyes godos de León. Ellos, aunque conquistados a la cruz, no han podido olvidar sus antiguas tradiciones políticas, jurídicas y sociales. Su avance hacia el Sur, su repoblación se ha hecho por medio de agrupaciones populares, que han comparado el peligro de la frontera a cambio de unos privilegios, consignados en un pergamino, que garantiza la firma del conde o del señor. Así nacieron las comunidades castellanas, que frente al Fuero levantan sus fueros, frente al unitarismo centralista sus reivindicaciones democráticas y populares. Colmeiro, un gallego que sabía mucho de la evolución de derecho hispánico, pudo decir que la Castilla del siglo X se le representaba como un conjunto de repúblicas minúsculas trabadas por la figura señera de un jefe común.

Tal es el ambiente en que surge la figura de Fernán González. Fue un patriota y a la vez un hombre ambicioso, empeñado en crear una dinastía, que enlazará con todos los Estados hispánicos, pero fue sobre todo la personificación de un movimiento político y social, enraizado en lo más hondo del alma nacional, y que frenado durante siglas por las legiones de Roma y por los reyes toledanos, va a encontrar con él el camino, que le llevará a un inmenso porvenir. Nos es grato imaginar su fisonomía moral como la representaba el monje de Arlanza a los hombres del siglo XIII, como el tipo del caballero perfecto: fuerte, audaz, generoso, discreto, altivo, belicoso, afable, despreciador de los peligros y de la muerte. «Nunca fue en el Mundo otro tal caballero... No podía en el Mundo mejor señor haber... Hombre de armas no nació que le pudiese mejorar». Valor, tenacidad, prudencia y entendimiento.

**Había gran cumplimiento del seso de Salomón:
Nunca fue Alejandro más grande de corazón.**

Fray Justo PEREZ DE URBEL, O. S. B.

(Del «Diario de Burgos»).